

RADICALMENTE

*“El querer conciliar la fe con el espíritu moderno
conduce a mucho más allá de lo que se piensa:
no sólo al debilitamiento, sino a la pérdida total de la fe”.*
S.S. San Pío X

Hace falta una cruzada de verticalidades



El mendigo. Henry Gillard

30 DE ABRIL, 2018 - III.48

EL DIOSECILLO POBRE (I)

(EL POBRE DIOSECILLO)

“Porque pobres siempre tendréis con vosotros...”

“Y lo recostó en un pesebre porque no había lugar para ellos en el aposento”. No porque José fuese un pobretón. Tuvo Dios que forzar la mano, repletar a Belén de una multitud de peregrinos – “Que en aquellos días se promulgó un edicto de César Augusto para que se empadronara todo el mundo - para nacer en aquella cueva. José y María no tenían familia en Belén, y no resultó aquella “posada” lo que deseaba el bueno de José. Ricciotti nos la describe: En aquel amasijo de hombres y bestias revueltos se hablaba de negocios, se rezaba, se cantaba y se dormía, se

comía y se efectuaban las necesidades naturales, se podía nacer y se podía morir, todo en medio de la suciedad y el hedor que aún hoy infectan los campamentos de los beduinos en Palestina, cuando viajan.

No había *aposeno*, palabra griega, *katályma*, que designa una sala espaciosa que podía servir de salón o cuarto de huéspedes¹. Es el mismo vocablo que usa el Nuevo Testamento para nombrar la sala donde el Cristo celebró la Última Cena. Cuando los Magos del Oriente, cargados con sus cofres llegaron para ver al Niño, cuenta Mateo que *entraron "en la casa"*². Dios le había proveído a su Hijo un padre diligente que no necesitó el oro de los Magos para darles a la Virgen y al Niño, inmediatamente, un techo decente.

La pobreza no es una virtud. Ni lo es la riqueza. Parece como si, olvidados de todo lo demás, y de todos los otros, tuviéramos que concentrarnos sólo en los harapos. No andaba entre haraposos el Cristo. Ricos eran muchos de sus amigos: Nicodemo, José de Arimatea, Lázaro y sus hermanas donde el Cristo se refugiaba. ***"Y sucedió a continuación que iba por ciudades y pueblos, proclamando y anunciando la Buena Nueva del Reino de Dios; le acompañaban los Doce, y algunas mujeres que habían sido curadas (...) y otras muchas que les servían con sus bienes."***

Jesús no dio limosnas. Había bolsa que llenaban sus amigos. Tampoco pagaba impuestos, ni le correspondía: acudió a un extraño milagro, mandó a Pedro a extraer la moneda de la boca de un pez, para salvar la palabra de su atrevido discípulo.

No tenía donde reposar su cabeza porque nada suyo poseía, pero Betania no fue su único cobijo: en Cafarnaúm estaba la *ínsula sacra*, la habitación venerada por los primeros seguidores de Jesús, que evocaban la estancia del Maestro en la casa de Pedro. Allí tuvo Jesús su residencia, lo que algunos llaman su «cuartel general»: allí vive, cura, enseña e instruye a los discípulos (Mc 3,20; Mc 4,10-11; Mc 3,31-35). Desde allí llama a la conversión con la misma fuerza con la que convoca a todos, sin excepción, sin exclusión de acaudalados y mendigos; *católica*, universalmente, con total conocimiento de quiénes eran aquéllos con los que trataba: ***"...porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar. Y se refiere el evangelista a los que le seguían de muy cerca. Todos tienen cabida, a todos les tiende perdones y esperanzas, que, saltándose ropajes, a donde mira es a lo hondo del alma. Con qué ternura amó y llamó al joven rico; se acercaría al***

Cristo envuelto en terciopelos, un medallón en preciosuras le colgaría del cuello, que era “dueño de muchos bienes”; le dijo que quería que fuera Su apóstol; ya no serían doce, sino trece. Jesús, mirándolo, lo amó, porque todo lo que sí importaba lo había guardado desde su juventud.

Un nuevo dios se alza sublime, preponderante; al nuevo dios se le predica: el pobre del bolsillo, el diosillo pobre. No al pobre de la Bienaventuranza, al del espíritu, porque hay pobres que son ricos y ricos que son muy pobres. Una cita larga y necesaria: *“Hace muchos años —más de veinticinco— iba yo por un comedor de caridad, para pordioseros que no tomaban al día más alimento que la comida que allí les daban. Se trataba de un local grande, que atendía un grupo de buenas señoras. Después de la primera distribución, para recoger las sobras acudían otros mendigos y, entre los de este grupo segundo, me llamó la atención uno: ¡era propietario de una cuchara de peltre! La sacaba cuidadosamente del bolsillo, con codicia, la miraba con fruición, y al terminar de saborear su ración, volvía a mirar la cuchara con unos ojos que gritaban: ¡es mía!, le daba dos lametones para limpiarla y la guardaba de nuevo satisfecho entre los pliegues de sus andrajos. Efectivamente, ¡era suya! Un pobrecito miserable, que entre aquella gente, compañera de desventura, se consideraba rico.”*

Es al desprendimiento a lo que convoca el Maestro, a arrojar lejos la cuchara de peltre; Él, que siendo rico se desprendió de todo para hacerse manso, y pobre por vocación -no por carencias obligadas-, y humilde de corazón. Es a ello a lo que llama; no le importa, no se refiere el Cristo a la mugre del cuerpo, ¡quiere la limpieza de alma!: *“Porque del corazón salen las intenciones malas, asesinatos, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, injurias. Eso es lo que contamina al hombre...”* Y para que salgan del corazón los adulterios y las aberraciones no importan los bolsillos. ¿Qué diferencia hay, diría mi amigo, entre aquél que se revuelve entre lujurias porque posee los dineros; y el otro, que lo desea, lo anhela, lo vive con desenfreno en sus adentros, y de ahí no pasa... porque le faltan esos dineros? ¡Ah!, si los tuviera, si se los diésemos, si tuviera la bolsa al alcance de sus curvados dedos...

No es el capital, no el metal, es la concupiscencia. No es el socialismo bueno porque sea pródigo en miserias, y fabrique pobres y prohíba riquezas. No es el de haciendas por poseerlas malo, ni las logró porque le robe al pobre lo que éste no tiene. Se denigra al rico, y se dobla la cerviz ante la tiranía. Es al comunismo, intrínsecamente perverso diría Pio XI, al que hay que combatir y no a la libre empresa.

Es la condición humana. Si reuniéramos todos los oros de este mundo, y los dividiéramos a pedazos estrictamente iguales entre todos... quince días después el millonario volvería a serlo, y el necesitado resultaría aquél que ya lo era.

Es a la verdad a la que hay que endiosar, abstracta o concreta, a la que hay que venerar, sin tapujos cobardes, sin ideologías de pacotilla, sin los cúmulos de mentiras, de igualitarismos engañosos, siniestros, fementidos.



Sala de la verdad. José Parra.

¿Los pobres?, bien, un pedazo importante de la caridad cristiana, de los que siempre, sin faltar un día en la historia, se ha ocupado la Iglesia ferviente, ardorosamente; de pobres y enfermos y desvalidos. Son una necesidad importante, material, palpablemente corporal; pero no gira la Iglesia en torno a la materialidad; para dar limosnas y cubrir harapos no hacía falta que un Dios muriera.

Aquel sabio, santo hombre, se preguntaba: Y cuando los hayamos sacado a todos de la pobreza, entonces, ¿qué haremos con ellos? El nuestro es negocio de almas, de conversión, ide cielos!

Hay crímenes muy graves, errores, tropiezos, concupiscencias, que sí claman al cielo, y de las que nunca se hablará demasiado: hay algunos, pequeños, diminutos, miden centímetros, que lo único que poseen es la posibilidad de abrirse la existencia y se la niegan, los asesinan; esos no mendigan, ni claman, ni saben de centavos, ni les niegan otra limosna que la vida.

"Porque pobres siempre tendréis con vosotros..." **¿Siempre, irremisiblemente? Y parece que ahora es que hemos descubierto al pobrecito pobre; nunca, nadie, lo había antes notado, ni tendido la mano: un pobre nuevo, aupado, refulgente, todos para ese uno y ese uno para todos que nada más importa, trocado en diosecillo.**

Jorge J. Arrastia.

1 Biblia De Navarra Nota a Lucas 2,7.

2 Mateo 2,11

Nota: Expreso, obviamente, mi criterio muy personal acerca de los acontecimientos y personas sobre las que escribo.

Jorge.